

Dice el glorioso San Agustín, en su libro *De Civitate Dei*, estas palabras:—no está obligado el cristiano á llamar médicos en sus enfermedades, porque es más acertado fiar en Dios.—Y yo digo:

Dos veces para mí santo
es Agustino discreto:
una, por contra-doctores;
otra, por santo estupendo.



EL AUTOR AL LECTOR

Si en manos del mal doctor
cae el pecador ¡el justo
en cuales ha de caer,
no habiendo bueno ninguno?

FE DE ERRATAS

En cuantas partes dijere
doctor el libro, está atento,
porque allí has de leer *verdugo*;
aunque éste es un poco menos.
Donde dijere *receta*
dirás *estoque*, por ello;
pues estoque y verduguillo
todo viene á ser lo mismo.
Donde dijere *sangría*
has de leer luego *degiello*,

y *cuchillo* leerás donde
dijere *medicamento*.
A donde dijere *purga*
leerás—*dió fin el enfermo*;
y á donde *remedio* diga
leerás *muerte sin remedio*.
Donde dice *practicante*
leerás, sin más fundamento,
sentencia de muerte injusta
por *culpas de mi dinero*.

TASA

Este libro está tasado
por los malsines de ingenio,
á cien simples adiciones
por cada uno de sus pliegos.

LICENCIA DEL ORDINARIO DE LAS DAMAS

Nos el ordinario, más
ordinario que el correo,
licencia de imprimir damos
aqueste libro á su dueño,

por cuanto no tiene cosa
contra la salud, que aquesto,
como somos el *achaque*,
certificamos de cierto.

DEDICATORIA

À LA MUERTE

Muy poderoso esqueleto,
 en cuya guadaña corva
 está cifrado el poder
 del imperio de las sombras;
 tú, que atropellas tías,
 tú, que diademas destrozas,
 y á todo el globo del mundo
 le dá tu furia en la bola;
 tú, que para quitar vidas
 tantos fracasos te sobran
 y que, para más lograrlo,
 fatalidades emboscas
 de médicos (como suele
 del cazador la industriosa
 astucia, que con reclamos
 coje al ave voladora);
 salud ofrecen, y dan
 enfermedades penosas,
 y con máscara de vida
 te introducen cautelosa;
 porque, cayendo en la liga
 de unguentos con que aprisionan,
 los que vienen al reclamo
 del médico, los sofocas.
 También, como araña, tiendes
 telas que haces pegajosas
 de médicos, que se tejen
 del hilo de tu ponzoña,
 para cojer el enfermo
 luego que el médico toca,
 pues en él cual mosca muere,
 porque éstos matan por *mosca*. (1)
 También son campeones tuyos,
 pues, en batallas de idiotas,
 á toda salud guerrean
 para darte más victorias.
 Finalmente los doctores
 son, si á buena luz se nota,
 impulsos de tu guadaña
 y de las flechas que arrojas;
 pues, si no fuera por ellos,
 ya la tuvieras mohosa
 de arrimada en un rincón
 de los de tu negra alcoba;
 porque no la ejercitaras

jamás, ó veces tan pocas,
 que á un muerto fueran á ver
 por cosa maravillosa.
 De más están los fracasos
 que previenes industriosa
 para las vidas, si en los
 médicos, astuta, logras,
 tanto temblor con golilla
 que á toda salud trastornan;
 tanta tempestad á mula,
 con que las vidas asolas;
 tanto terremoto grave;
 tanta autoridad traidora;
 tanto fracaso con barbas;
 y tanta letal ponzoña;
 tanto asesino graduado;
 tanta borrasca industriosa
 tantos rayos en calesa
 teniendo dos ruedas solas;
 tanto veneno con guantes,
 como la verdad los nombra;
 el doctor don Tabardillo
 y licenciado Modorra;
 baladrones de la ciencia,
 pues fingen lo que no logran;
 valientes de la ignorancia,
 si es con ellos matadora;
 punta en blanco de lanceta,
 armados con esta hoja,
 con trabucos de jeringa,
 cañones fieros de azófar,
 pólvora de mataliste,
 bala de píldora en boca,
 y con tacos de recetas,
 tiran físicas pelotas.
 De cuyos médicos rayos
 me escapé en una penosa
 enfermedad de una Junta
 física, gavilla en tropa,
 huyendo á uña de entendido
 de esta celada alevosa,
 que tras mí á uña de caballo,
 me seguían tres idiotas,
 que me venían tirando,
 por las espaldas huidoras,

(1) Así llama el vulgo al dinero.

fricciones y sajaduras,
 jeringas, calas, ventosas,
 aceites, polvos, emplastos,
 parches, lilas y otras cosas
 que llaman drogas, con que
 meten las vidas á droga.
 Y viendo no me alcanzaban
 dijeron con voz furiosa
 á un boticario artillero:—
 dále fuego á esa ponzoña!—
 Disparóme de un estante,
 que cureña venenosa
 tanto petardo encabalgó,
 tanto morterete y bomba,
 una culebrina real
 de una purga maliciosa,
 pues para dar en el ojo
 yino apuntando á la boca.
 Escapóme de esta furia
 la naturaleza heroica,
 con despreciar los cuidados,
 alegría y parsimonia.
 Un emplasto de doctores
 me apliqué en una rabiosa
 hipocondría, y sané
 con reirme de sus cosas.
 Sirvan de medicamentos,

pues ser médicos ignoran,
 y recétense á sí mismos,
 por remedio de congojas.
 Libre de ellos, reconozco
 que de justicia me toca
 ser un puntual coronista
 de sus criminales obras.
 Y habiendo escrito este corto
 cuerpo de libro, que logra
 título de cuerpo muerto,
 pues vivezas no lo adornan;
 por cuerpo muerto y tratar
 de médicos, que es historia
 fatal de vuestros soldados,
 lo dedico á vuestra sombra.
 Amparadlo, y si algún tonto
 censurare aquesta obra,
 dádmele con una albarda,
 que es la muerte que le toca;
 ó enviadle un torozón
 porque la bestia no roa
 plumas, que este bruto achaque
 de comerlas se ocasiona.
 No digo que el cielo os guarde,
 porque será cosa ociosa
 pedirle lo que ha de ser
 hasta la postrera hora.

PARECER QUE DÁ DE ESTA OBRA

LA ANATOMÍA DEL HOSPITAL DE SAN ANDRÉS

Por comisión de un ingenio
 aqueste tratado he visto
 que pide mi parecer,
 siendo tan malo y podrido.
 Con acierto lo ha pensado:
 pues más vale por testigo
 de médicos un difunto
 que todo el mundo de vivos,
 como quien por experiencia
 lo sabe, pues hoy me miro
 ejemplo de los mortales
 por obra de estos malditos
 que me mondaron de carne,
 sacándome de este siglo
 treinta años antes que yo
 por mis pies me hubiera ido.
 Pero quiso la desgracia
 que me diera un romadizo:

y un médico, á dos visitas,
 lo convirtió en tabardillo.
 A tres me despaviló,
 y decía compunjado:—
 raro acháque!— y era cierto
 que moría de idiotismo.
 Hizo de mí anatomía,
 pensándose el muy pollino
 hallar en mí lo que estaba
 en su conturbado juicio;
 levantando un testimonio
 á mi deshecho entrecijo,
 por disculpar su ignorancia
 este sangriento ministro,
 de quien soy callada estatua
 que publica sus delitos
 y, con voces de silencio,
 á los mortales les digo:

—En esto paran aquellos
mentecatos sin aviso
que dán crédito á doctores,
que se fían de aforismos.
Sabed, hombres, que en el mundo
de la verdad, nos reímos
los muertos de los errores
que estais haciendo los vivos.
Un temblor corto os asusta,
cuando avisa su ruido
que os guardéis de él, y salís
pidiendo clemencia á gritos.
¿Y que un doctor no os asombre,
que á traición, á fuer de amigo,
os echa una purga á cuestras,
que es peor que un edificio?
Solo al verle se debía
levantar el halarido,
pedir al cielo perdón
y salir despavoridos
gritando ¡Doctor! ¡Doctor!
muy recio, por dar aviso
á las torres, y que toquen
plegarias contra aforismos.
En muriendo uno tenemos
los muertos gran regocijo
con él, porque nos vengamos
de los absurdos que hizo.
Porque le siguen sus obras,
y como aquestas han sido
el hacer muertos, á golpes
les dan muertes, ellos mismos.
Cual con una calavera
le pega por los hocicos,
y cual á patadas venga
las sangrías del tobillo.
Uno le tira canillas,
otro un costillar podrido,
que los muertos son peores
que los muertos, tercio y quinto;
pues, como más vengativos,
los consumen á pellizcos;
y las barbas, pelo á pelo,
se las sacan con ahinco,
diciéndole:—aquesta barba
me engañó en el otro siglo,
porque le tuve por sabio
como no le ví lampiño;
y ya veo que es error,
que no hay barbas entendidas,
pues á ser ciencia la barba
fueran doctos los cabritos.

Una balena pudiera
enseñar a Tito Livio,
cuando no tiene en su barba
el menor pelo de juicio.
Otro le dice:—Este á mí
me engañó con lo engreído,
porque ignoré que los sabios
se desprecian á sí mismos.
Y es que un doctor de esos se hace
con saber cuatro palillos,
ponerse grave y tener
un estante ó dos de libros;
ir á las visitas tarde
diciendo que está aburrido,
contando como hay qué hacer,
que no vaga en su ejercicio;
que tarde pasó á una cura,
que há muy poco que la hizo,
con palabras golpeaditas,
severo y ponderativo;
decir dos ó tres latines
y términos esquisitos,
como *expultris, concoetris*
constipado, cacoquímio.
Los ignorantes vulgares
que solo tienen oído,
se quedan atarantados
amando al doctor—peligro.
De achaques de damas hay
un número muy crecido
de muchachas que ha volado
Bermejo, doctor divino,
por parecerles que no
lo eran sin el requisito
del médico de las damas,
que este nombre se ha adquirido,
para decir muy mirladas,
haciendo mil equilibrios:
—A mí me cura Bermejo,
no hay más que mi don Francisco—
Y lo que es más que él es una
sangría sobre resfrío,
y las rosas y claveles
mueren de un doctor—Narciso.
Estánle aguardando para
vengar su enojo, y les digo
que matar lindas no puede
ser nunca feo delito.
Decidle no se acongoje
porque un bien en un mal hizo:
si en ellas le quita al sexto
lo que se pone en el quinto.

Lo que puede darle pena
son unos muertos erguidos
que en gavilla mató, como
inquisidores y obispos.
Dejo, dejando esto á un lado,
finalmente, como digo,
que también tienen los muertos
en el hablar estrivillos.
Que he leído este tratado
todo, de fin á principio,
y veo que en burlas nadie
con tal propiedad ha escrito;
porque es de simples y bobos
el pensar que hay, ni ha habido,
hombre que curas emprenda
con conocimiento fijo;
porque siendo como es la obra
del artífice divino,
nunca un humano podrá
conocer bien lo que no hizo.
Si cierta es casualidad
y no más; pues averiguo
que, al que matan y al que sanan,
curan por un tenor mismo.
Y si la muerte y la vida
están en un equilibrio
en la certeza, es arrojarse
aventurarse al peligro.
El accidente mayor
puede sanar de sí mismo.

y el más leve achaque lo hacen
mortal los malos auxilios.
Así reprueba el autor
los médicos por dañinos,
contrarios á la salud
y de la vida enemigos.
Hombres, mirad lo que haceis!
huid de médicos malditos,
y así no os pondrán los huesos
como yo tengo los míos.
Morid de valde, menguados;
porque es grande desatino
pagar un hombre el verdugo,
los cordeles y el cuchillo.
Y por cuanto no se opone
á la verdad, califico
este tratado y lo apruebo
una y mil veces, y digo:
que de justicia le deben
dar licencia de imprimirlo,
á costa de los doctores,
y de valde repartirlo,
para que todos lo traigan
como reliquia consigo,
y huyan los médicos de él,
diciéndoles con ahinco,
en viendo que uno se acerca:—
Exi foras, cata el libro!
Arredro vayas, doctor!
La salud sea contigo!

PRÓLOGO DE ESTA OBRA

Señor lector ó lectora:
El cielo santo permita
que encuentren este librejo
enfermos, por suerte mía;
porque pasando actualmente
las crüentas medicinas
que, con bárbaros discursos,
los médicos les aplican,
sabrán celebrar mis versos
mucho más que quien los mira
y no toca con rigores
de estos tumbas con golilla.
Porque aquellos que no pasan
la cuña de una calilla,
el pegote de un emplasto,
el punzar de una sangría,
el acibar de una purga,
las bascas de otras bebidas,

los araños de ventosas,
esponjas de chupar vidas,
no sabrán darle el lugar
que, en las veras y en las triscas,
merece mi humilde libro
de aplauso ó premio á que aspira.
Mas si sanos lo leyeren,
el autor de él les suplica
se acuerden, si han sido enfermos,
de aquesta gente dañina,
á quienes el hacer mal
pagan, que es otra geringa.
¿Que haya en el mundo quien pague
porque le quiten la vida,
y que el tal bestia no traiga
una enjalma por ropilla?
Si el morir es igual deuda
de la Muerte, es injusticia